ESTA VIDA NO ES LA VIDA

MONSEÑOR GAUME

Protonotario Apostólico

CON APROBACIÓN
DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 — Sevilla

ISBN: 84-7693-285-5
Depósito Legal: B. 18528-94
Printed in Spain
Impreso en España

PROLOGO

Amado lector: este libro que tienes en tus manos es un gran libro, de los mejores para entender el sentido de la vida, y para comprender el por qué y para qué hemos venido a este mundo.

Todo hombre sensato debe interrogarse y tratar de comprender la verdad del por qué y para qué estamos en este mundo.

Tal vez en los primeros capítulos o cartas te aburras y no quieras seguir adelante con la lectura, pero te aconsejo que no la abandones, pues a partir de la décima carta te aseguro que la vas a sentir interesante, y cuanto más te acerques al final, tanto más te va a entusiasmar. Y aunque la segunda mitad del libro te resultará más interesante, conviene que lo leas desde el principio, pues solamente leyéndolo todo seguido, comprenderás mejor las conclusiones.

Y aunque el libro se escribió en el siglo XIX, puede aprovecharte mucho al final del siglo XX, y aun en el siglo XXI, pues aunque el mundo a cambiado mucho, el sentido materialista de enten-

der la vida creo que no ha cambiado nada.

Los hombres materialistas y ateos, tanto hoy como ayer, tratan de engañarnos haciéndonos creer que no somos más que meros animales, y que solamente nos distinguimos del resto de los demás animales porque hemos evolucionado más, pero que, como todos los demás, nuestra vida acabará con la muerte en este mundo, convirtiéndonos en polvo y desapareciendo para siempre.

Este es el error más grave y perjudicial que invade el mundo, porque trata de hacernos creer que no hay más vida que la presente, y que, por tanto, «comamos y bebamos porque mañana moriremos» *(1 Cor. 15,32).*

Pero nosotros somos cristianos, y gracias a Dios, tenemos el don de la fe y sabemos que no somos animales, porque Dios nos creó espirituales y nos hizo a su misma imagen y semejanza, con alma inmortal que jamás podrá morir.

Los hombres aunque tenemos un cuerpo animal, tenemos un alma espiritual. Con la muerte se destruye el cuerpo, y nosotros viviremos en el alma y seremos semejantes a los ángeles de Dios (Mt. 22,30).

Nosotros somos muy distintos y muy superiores a los animales, pues los animales y todas las cosas de la creación las creó Dios para el servicio del hombre, pero al hombre nos creó Dios para

hacernos sus hijos y para que fuéramos los herederos de toda su inmensa felicidad.

Dios nos creó porque es bueno y quería compartir con nosotros su gloria infinita por toda la eternidad.

Dios que es infinitamente bueno, no podía crearnos para la miserable vida del mundo. Esta vida no corresponde a la idea de Dios que la da. Suponer lo contrario es negar la bondad, la sabiduría y la omnipotencia de Dios, como explica el autor en la carta indécima.

Dios que es todopoderoso y bueno, no podía crearnos para otra cosa que para hacernos eternamente felices en el cielo, con una felicidad que el autor de este libro trata de querernos explicar en las últimas cartas, pero que es imposible de poder relatar adecuadamente, ya que para eso necesitaríamos la sabiduría y la inteligencia de Dios.

Pero quizás alguno se pregunte: Si Dios nos creó para la felicidad del cielo, ¿qué es lo que hacemos en este mundo, en este valle de lágrimas? ¿Por qué no hemos nacido directamente en el cielo, y por qué ha sido necesario que pasáramos por este mundo?

Cierto que Dios pudo crearnos en el cielo y darnos la gloria como se la da a los niños que mueren recién bautizados, con sólo los méritos de

Jesucristo. Pero la felicidad del cielo es muy distinta de unos a otros; cada uno será allí tanto más feliz cuanto más haya sufrido por Dios en este mundo, y por eso era conveniente que antes de ir al cielo tuviéramos la ocasión de poderle manifestar a Dios nuestro amor con la aceptación de los sufrimientos de este mundo.

Y no nos quejemos si antes de subir al cielo tenemos que sufrir algo en este mundo; consideremos que, como nos dice San Pablo: «Los sufrimientos de la vida presente no tienen comparación con aquella gloria venidera que para siempre se manifestará en nosotros» (Rm. 8,18).

Andrés Codesal Martín
Sevilla a 10 de abril de 1994

CARTA PRIMERA

SUMARIO: Objeto de esta correspondencia: desengañar, consolar, ilustrar, animar. — Creer que esta vida es la vida, es el más radical, el más cruel, el más desastroso, y por desgracia, en nuestros días el más extendido de todos los errores. — El más radical es el primero; ataca al hombre en lo más íntimo de su ser. — Le fascina, anécdota. — El más cruel: le degrada y le hace desdichado. — Innobles definiciones que dan del hombre las víctimas del gran error. — Nobleza del hombre y del cristiano.

MI QUERIDO FEDERICO:

Si yo tuviera cien pechos y cien voces, no cesaría de gritar: ¡Oh, hombres, mis amigos y mis hermanos! El error más radical, el más cruel, el más desastroso y desgraciadamente el más extendido en nuestros días, es crer que la vida de acá abajo es la verdadera vida.

He ahí, amigo mío, el Goliath contra quien debes combatir, y no solamente tú, sino todo hombre y toda mujer que vienen a este mundo.

Esa lucha será de todos los días y de todas las horas. Para sostenerla emplearás, no sólo las armas que te he proporcionado en nuestras primeras correspondencias, sino todas las que la Iglesia misma te ha dado; a manejarlas bien deberás dedicar toda la energía de tus potencias, tu razón, tu fe, tu voluntad.

La lucha es decisiva: de ella dependen tu felicidad o tu desdicha; tú mismo eres lo que en ella se disputa. Es guerra a muerte. Como en los antiguos combates de gladiadores, que se llamaban *sine remissione*, no se da cuartel al vencido, tiene que morir en el campo de batalla.

Acaso te causa sorpresa o supones que he querido inspirarte temores vanos o exagerados. Para prevenirte contra esta tentación, repasaremos uno por uno los caracteres que he atribuido al grande error, tu mortal enemigo. Tú juzgarás si le cuadran o no; yo me atengo a tu juicio.

Antes de comenzar, déjame decir en pocas palabras todo mi pensamiento sobre nuestra nueva correspondencia. El fin que me propongo no es sólo enseñarte a combatir: yo quisiera además *desengañar, consolar, ilustrar y dar ánimo*. Desengañar a los que creen que la vida de acá es la verdadera vida; consolar a los que mirándola así, se espantan o se desconsuelan por la muerte; ilustrar a los que se forjan ilusiones

sobre la naturaleza y el fin de esta vida; dar ánimo a los peregrinos de la tierra para la conquista de la vida verdadera. Tales son mis intentos: quiera Dios que los consiga.

Dicho esto, vamos al caso.

1.° EL ERROR QUE CONSISTE EN CREER QUE ESTA VIDA ES LA VIDA, ES EL MÁS RADICAL DE TODOS LOS ERRORES. — Le llamo radical porque es el primero. Mientras en los otros errores no se incurre sino adelantando en edad, éste tiende a apoderarse del hombre desde la infancia. La razón medio desarrollada, envuelta en los sentidos como el cuerpo en el vestido, no conoce durante los primeros años otra vida que ésta. Para desengañarla, o si te parece mejor, para ilustrarla, se necesita de tiempo y de muchos cuidados.

Radical. A diferencia de otros errores, que no recaen en general sino sobre algunos puntos particulares, o no afectan, digámoslo así, más que a la superficie del alma, éste ataca al hombre en lo más íntimo de su ser, en la noción misma de la vida, y atacándole así le fascina. Los engañosos encantos desorientan la razón, desorientan la voluntad, desorientan el corazón, falsean toda la existencia y acaban por atraer a su víctima al tragadero de la antigua serpiente.

Me explicaré con la siguiente anécdota.

Siendo yo estudiante, estaba de vacaciones. Era el mes de septiembre; las avellanas se hallaban en sazón. Se sabía que las mejores se criaban en la falda de una montaña, expuesta al sol de mediodía. Algunos árboles, muchos arbustos, la maleza y las zarzas cubrían el pie de ásperas rocas, desnudas por la lluvia, y en cuyos abrigados rincones tenían sus guaridas reptiles más o menos dañinos. Uno de mis compañeros y yo trepamos ágilmente a la montaña, buscado a derecha e izquierda, con nuestros ojos de lince, avellanas que pudiéramos atrapar.

Apenas habíamos dado algunos pasos, observamos en la picota de un joven fresno un pinzón que piaba de un modo lastimero, batía las alas y bajaba de rama en rama sin advertir nuestra presencia o sin asustarse de nosotros.

Nos paramos a mirar tal espectáculo, cuya causa nos era desconocida. El pajarillo, no obstante, seguía descendiendo, y ya casi llegaba a la altura de nuestras cabezas, cuando bajando la vista vimos al pie del árbol una gran víbora, inmóvil, con la cabeza levantada y los ojos fijos en los del pobre pinzón: lo fascinaba, y fascinándole, lo atraía a su tragadero. Comprendimos lo que era, y con un movimiento de brazo, cortando el rayo visual de ambos animales, rompimos el hechizo. Huyó la víbora, y el afortu-

nado pajarito echó a volar, no sin darnos muy bien las gracias, y con razón, que si tardamos un instante más era perdido.

El efecto producido en aquel pájaro por la mirada fascinadora de la serpiente, lo produce también en sus desventuradas víctimas el error de tomar esta vida por la vida verdadera. Más allá de esta vida no ven nada; más allá de los negocios de esta vida, nada; más allá de las ocupaciones de esta vida, nada; más allá de los bienes y los males, de las alegrías y las penas de esta vida, nada, absolutamente nada. Para ellos todo se encierra en los estrechos límites del tiempo: que se haga la prueba de hablarles de otra vida, de otros intereses, de otros bienes y otros males; como el pájaro fascinado, no ven nada ni entienden nada: van y van y siguen yendo por el camino a que los atrae la engañosa fascinación.

¿Quieres convencerte de ello por ti mismo? Fíjate en su vida, observa sus habitudes, conoce sus preocupaciones, sus temores, sus ambiciones, sus dolores. Lee sus diarios, sus libros, sus discursos; escucha sus conversaciones íntimas. Diez, veinte y cien veces que renueves la prueba, a todas horas y en todas las circunstancias te dará el mismo resultado. Fascinación, fascinación de las bagatelas, *fascinatio nugacitatis*, que no los deja ver los bienes y los ma-

les reales, y menos el abismo a que se dirigen: *obscurat bona*[1]. ¡Desdichados! ¡Y caen por miles cada día!

2.º EL ERROR CONSISTENTE EN CREER QUE ESTA VIDA ES LA VIDA, ES EL MÁS CRUEL DE TODOS LOS ERRORES. — Digo cruel, porque degrada al hombre y le hace desventurado: lo vas a ver.

Le degrada. Ciertos locos, que en vez de estar en las gavias, andan con el seudónimo de sabios por estas regiones del mundo moderno, que presumen ser palacios de la ciencia, tienen sobre el hombre ideas bien peregrinas. Hace unos cien años que uno de estos maestros pretendía que el hombre había comenzado por ser una carpa... y se tenía a sí mismo por un pez perfeccionado. Otro decía que el hombre es *una masa organizada que recibe el espíritu de todo lo que la rodea*... y se reputaba un pedazo de lodo. Cincuenta años más tarde, uno de sus discípulos definía al hombre: *un tubo apetitivo y digestivo, abierto por arriba y por abajo*... y se conceptuaba simple máquina. Debo decirte que estas definiciones no corren ya: murieron con sus inventores.

1. Sap. IV, 2.

Los locos de hoy día, más instruidos ya que sus antepasados, han descubierto, gracias a la fisiología comparada, que el hombre desciende del mono. En lugar de admitir nuestra noble alcurnia, y decir con todo el linaje humano: Somos de nuestro padre, que fue de Noé, que fue de Adán, que fue de Dios, ellos se creen hijos, nietos o tataranietos de algún gorila de largo rabo y agudo hocico, solitario habitante de las selvas africanas. Y se quedan tan horondos, y hacen esfuerzos desesperados por persuadirse a sí mismos, y aún a otros. A decir verdad, en vista de sus instintos y de las zancadas que dan, se encuentra uno tentado a concederles tan honrosa genealogía.

Pero no. «Alma abyecta, les dice Rousseau, en vano quieres envilecerte: tu miserable filosofía te hace semejante a las bestias; pero tu genio depone contra tus principios, y el abuso mismo de tus facultades prueba su excelencia a despecho tuyo.»

Mal que les pese a ese puñado de pequeños gorilas, el hombre forma una especie aparte en la cadena de los seres: es la criatura más noble del mundo visible. Dotado de razón y de libertad, es el rey de todo lo que le rodea. Si por su cuerpo, obra acabada de un poder y sabiduría infinitos, toca a los seres materiales, es para

dominarlos; en tanto que por su alma, mil veces más noble que su cuerpo, toca a los seres puramente espirituales, y es para ennoblecerse. ¿Quién dirá su dignidad?

Nobleza obliga: ¿quién dirá la extensión de sus deberes? Y sin embargo, la grandeza del hombre desaparece ante la grandeza del cristiano. Hijo de Dios, heredero de Dios, tal es el cristiano. ¿Comprendes, mi querido amigo, semejante grandeza? Ser hijo de un rey es ser algo; pero, ¡ser hijo de Dios!!

Ser heredero presunto de ricos tesoros, de vastos dominios, de quintas magníficas, de un nombre gloriosamente histórico, algo es; ser heredero de las cinco partes del mundo sería mucho más. Pero ser heredero de Dios, no sólo de sus bienes, sino de Él mismo, de su poder, su sabiduría, su majestad, sus felicidades infinitas, hasta el punto de hacerse uno con Él, ¡oh, qué herencia!! La razón se pierde aquí.

Pues a este hombre tan grande; a este cristiano, mil veces más grande que el hombre; a este ser inmortal de tan sublimes destinos; a este dios de la tierra, vasallo solamente del Dios del cielo, *post Deum terrenus Deus*, ¿en qué le trueca el error de que hablamos? En un *cazador de moscas*, en un *fabricante de telarañas*, en un *caballo de montar*.

No tengo hoy tiempo para presentártelo en el desempeño de tan dignos oficios. Hasta mañana.

Tu afectísimo...

CARTA SEGUNDA

SUMARIO: Un cazador de moscas: Domiciano. — Rasgo de su historia. — Cazador de moscas en el siglo XIX. — Los fabricantes de telarañas. — Respuestas de dos chinos. — Fotografía viviente de las víctimas del gran error. — Su historia en la de Sansón.

MI QUERIDO AMIGO:

Vamos a Roma: a la Roma pagana, se entiende. La metrópoli del mundo antiguo te hará ver hasta qué punto el error que estamos desenmascarando degrada al hombre de quien se apodera. He ahí sobre el trono de los Césares a un emperador que se llama Domiciano: es hijo de Vespasiano y hermano de Tito. Orgulloso de su origen, pondrá todo su afán en sostener el honor de su familia. Grandes deberes pesan sobre él: gobernar el imperio, casi tan extenso como el mundo; mantener el orden en el interior; hacer respetar el nombre romano en el exterior; proteger las antiguas fronteras constantemente amenazadas por los bárbaros; conser-

var las ricas provincias nuevamente conquistadas por su padre y por su hermano; tales son, entre otras muchas, las ocupaciones verdaderamente imperiales a que Domiciano debe consagrar todo su tiempo, inteligencia y voluntad.

Eso debe hacer sin duda; pero no lo hace. ¿Pues en qué pasa el tiempo el señor del mundo? ¿Quieres saberlo? Mira. ¿Le ves encerrado en una habitación solitaria de su palacio, entretenido en cazar moscas, hiriéndolas con su agudo punzón? Esas son sus graves ocupaciones, esas sus nobles conquistas. Tan fascinado estaba con eso, que nada podía distraerle. Mientras le quedaba una mosca por matar, no oía nada, ni veía nada, ni se permitía tregua ni reposo. De ahí vino el dicho que tan célebre se hizo en Roma. Preguntó uno al abogado Vibio Crispo si se podía ver al emperador y si estaba solo. Sí, respondió, y tan solo, que no hay con él ni una mosca: *ne musca quidem*.

¡Ser hombre y pasar el tiempo en pillar moscas... qué lástima!

¡Ser emperador y pasar el tiempo en pillar moscas... doble lástima!

¡Ser más que hombre y más que emperador, ser cristiano y pasar el tiempo en pillar moscas... lástima y mil veces lástima!

¿Y qué, me preguntas tú, hoy, en pleno si-

glo XIX, siglo de luces y de maravillas, siglo de ocupaciones graves e incesantes, puede haber quien pase el tiempo en cazar moscas? A mi vez yo te pregunto si hoy día, en pleno siglo XIX, hay hombres, mujeres, jóvenes y ancianos, que tomando esta vida por la vida verdadera, limitan sus esperanzas a los bienes del tiempo, y en adquirirlos y conservarlos pasan sus años sin relación con lo porvenir. Si hay gentes así, su ocupación, extraña a lo único necesario, no es, en resumidas cuentas, ni más seria ni menos degradante que la de Domiciano, y me sobra razón para llamarles cazadores de moscas.

¿No merecen este nombre? Díganlo ellos mismos. Nosotros, dicen, hemos trabajado mucho. Yo he estudiado mucho y escrito mucho; yo llevo muchos años de enseñar; yo he viajado mucho; yo he vendido y comprado mucho; yo he criado muchos caballos, muchos bueyes, muchísimos carneros; yo he inventado máquinas; yo he perfeccionado los antiguos procedimientos de fabricación; yo he mejorado la agricultura.

Por todos estos medios hemos logrado adquirir tierras, cotos, casas de campo, montones de oro y de papel-moneda, con lo cual hemos podido comer y beber y divertirnos, y viajar a nuestro gusto, y tener caballos y coches y cria-

dos para todos nuestros caprichos. —¿Y qué mas?— Todo eso. — Pero de todo eso, ¿qué os quedará dentro de poco? NADA. Me equivoco: os quedará un mal ataud y siete palmos de tierra. Lo dicho: ¡cazadores de moscas!

Si les parece dura la palabra, e insuficiente mi autoridad, les voy a poner otro nombre y a citar otra autoridad: *fabricantes de telarañas.* Así les llama la sabiduría infalible. ¿Qué hace la araña? Hila su propia sustancia, y se consume en tejer una telilla que ni tiene belleza ni consistencia, ni sirve más que para detener a las moscas y a los mosquitos.

¿Qué hacen las víctimas del gran error? Como el animalejo nombrado, se consumen en fabricar su telaraña. Este nombre doy a las mil ocupaciones a que se entregan con ardor febril; ocupaciones literarias, científicas, políticas, artísticas, industriales, comerciales, agrícolas, ¿qué se yo? En esto consumen su propia sustancia; su inteligencia, su voluntad, su actividad, su salud, su cuerpo y su alma, todo se gasta en eso. Para ellos eso es la vida, la única vida que conocen, la única por la cual se afanan.

¿Y qué son, querido amigo, todas esas ocupaciones, buenas en sí, no lo niego, pero sin la gracia inútiles en orden a la vida verdadera, qué son sino fabricar telarañas? Y sus productos,

¿qué son en su naturaleza y en su fin? Frágiles telillas, que el menor soplo de viento hace pedazos y se lleva sus inútiles jirones. ¿Y en su fin? Te lo voy a decir. La araña se chupa la sangre de las moscas que ha logrado coger en sus hilos, se alimenta con ellas, y cuando se harta se mete en su agujero y se queda dormida. Así les pasa a los fabricantes de quien hablamos.

Cuando con sus laboriosos hilos han logrado coger las moscas que decoran con los pomposos nombres de riquezas, honores, placeres, les chupan la sangre, se atracan. Para ellos esa es la gloria, y la felicidad, y la vida; por quimeras tienen toda otra gloria, y otra felicidad, y otra vida. Con eso viven, como si no hubieran de morir; y mueren, como si no hubieran de vivir más.

Es el último grado de la fascinación. Groseramente materiales, no conocen la vida más que por las sensaciones, despreciando todo lo que no se ve con los ojos ni se toca con las manos.

Te traerán a la memoria aquel habitante de Pekín, a quien uno de nuestros misioneros le preguntó: «¿Para qué estás en el mundo?» Y él respondió: «Para comer arroz». «Y tú, dijo a otro, ¿qué religión tienes?» «Mi religión, contestó, acariciando con ambas manos su prominente abdomen, es comer bien y beber bien, y

digerir bien y dormir bien». «En tal caso tienes la misma religión que aquellos bueyes que pacen allá abajo en la pradera.» Y entonces el chino se apartó riéndose del bárbaro que había hecho un viaje de cuatro mil leguas para ir a enseñarle a él, todo un habitante del celeste imperio, que el hombre es otra cosa que una bestia, y tiene otro destino que pacer yerba o comer arroz.

¡Ay! ¡Cuantos chinos y chinas hay en Europa! ¡Y que no conocen siquiera su propia degradación!

Este pensamiento me inspira tanta lástima, que voy a procurar un nuevo medio de romper el encantamiento que los fascina. Voy a ponerles ante la vista su propia fotografía: fotografía viviente y animada. Perdida tienen del todo la razón, si no se reconocen.

Todo el mundo conoce a Sansón. Nada hay más brillante que las primeras páginas de su historia; nada más lastimoso que las últimas. Nacido para libertar a su pueblo del yugo de los Filisteos, el fuerte de Israel marcha de hazaña en hazaña. Orgullo de los suyos, terror de sus enemigos, su nombre está de continuo en todas las bocas. No hay fama tan gloriosa como la suya: verla crecer como la luz de la mañana era la esperanza de todo el pueblo.

Desgraciadamente, Sansón se deja fascinar por Dalila: olvida su noble misión, pierde su fuerza, y cae en poder de los Filisteos. Los bárbaros le cargan de cadenas, le sacan los ojos y le meten en un calabozo; y transformándole en caballo de tiro, le condenan a dar vueltas a la rueda de un molino. Tal es su ocupación habitual; pero los días festivos tiene otra bastante más dolorosa. Un muchacho conduce al pobre ciego por los salones de los festines, y le hace danzar, como si fuera un oso, para divertir a los convidados. El fuerte de Israel muere en tan desagradable ejercicio.

¡Qué desventura! ¡qué afrenta! exclama un expositor de los Libros Santos. ¡Sansón, el más esforzado de cuantos hombres han existido; Sansón, el que mataba los leones, el guerrero que luchaba solo contra un ejército y lo derrotaba; Sansón reducido a hacer semejante papel! No; yo no he leído jamás ignominia parecida en la historia de ningún hombre.

Mártires del gran error, a vosotros mismos apelo: ¿no es ese, punto por punto, vuestro retrato? Nacidos en el seno del Cristianismo, ricos de luz para conocer la verdad, y de fuerzas para vivir noblemente conforme a ella, a pesar de todos los esfuerzos de sus enemigos, casi todos al principio de su carrera daban muy bue-

nas esperanzas, eran cristianos. Con el sentimiento de su dignidad, al extender sus miradas sobre los bienes de la tierra, decían con razón: «Yo soy más grande que todas esas cosas, y tengo más altos destinos».. *Major his sum et ad majora natus.*

De repente se les turba la vista, se les oscurece la noción de lo verdadero, y el mundo superior se les cubre de espesas nubes. Su corazón, en vez de palpitar hacia arriba, palpita hacia abajo. El puñado de tierra que huellan con sus pies o arañan con sus manos, limita sus horizontes. Para ellos la vida del tiempo se ha trocado en la única vida; ya no conocen otra, están fascinados.

Viendo estás a los nuevos Sansones, tristes juguetes del error; les ves sudando la gota gorda por dar vuelta a la rueda de la fortuna; y luego, entregándose como desesperados a la gimnasia más humillante para adquirir o conservar la protección de sus señores; y, finalmente, muriéndose de pena y con las manos vacías de aquellas verdaderas riquezas que son el precio indispensable de la vida verdadera.

En la región a donde la muerte los transporta, ¿sabes tú cuánto valen sus Estados, sus campos, sus viñedos, sus quintas y sus cotos? *¿Quid hoc ad aeternitatem?* Cero. ¿Y sus billetes de

Banco? Cero. ¿Y sus acciones de ferrocarril? Cero. ¿Y sus pagarés, más o menos usurarios, más o menos seguros? Cero. ¿Y sus talegos de oro y de plata? Cero. ¿Y sus estudios, su ciencia y sus descubrimientos? Cero, y nada más que cero. «Durmieron su sueño los varones de las riquezas, y se encontraron con las manos vacías».

Ellos mismos lo reconocerán así; pero ya será tarde, y en su desesperación exclamarán: ¡Luego la hemos errado! *Ergo erravimus.* Nos hemos deshecho buscando la vida donde no estaba: *Lassati summus in via iniquitatis.* Compasión, pues, mi querido amigo, compasión para esos hijos de Dios, para esos reyes de la eternidad, para esos nuevos Sansones de la virtud, convertidos en cazadores de moscas, en fabricantes de telarañas, en caballos de tiro y en saltimbanquis, en perjuicio de sus almas y a merced de sus enemigos.

No es eso todo: el error que hasta ese punto los degrada, les hace también desventurados. Lo veremos en mi próxima carta. Entretanto, pidamos por esos pobres ciegos.

Tu afectísimo...

CARTA TERCERA

SUMARIO: Desventura de los que se dejan fascinar por el gran error. — Falsa apariencia de felicidad. — Son esclavos. — Numerosos, contrarios y caprichosos dueños a quien sirven. — Los gusanos y los ladrones. — Cuadro de sus afanes. — Están expuestos a pesares inconsolables. — Historia de Michás. — Son víctimas de deseos imposibles de satisfacer. — Desproporción entre la capacidad de su corazón y los bienes del mundo.

MI QUERIDO AMIGO:

No es oro todo lo que reluce. Este adagio me gusta. Me gusta, porque expresa bien lo que quiere expresar. Me gusta, porque es antiguo; los que se asemejan, se quieren; y yo soy viejo. Me gusta, porque no obstante su vetustez, conserva toda la vivacidad de la juventud. Me gusta, en fin, porque nos viene aquí como anillo al dedo.

Cuando tú recorres las calles de Londres o de París, encuentras a cada paso a los que se llaman los dichosos del mundo. Ves sus equi-

pos magníficos, sus palacios suntuosos; oyes el ruido de sus fiestas; sabes que el oro afluye en sus manos a disposición de todos sus caprichos: su vida parece maravilloso tejido de oro bordado de placeres incesantemente renovados. Ante este espectáculo, son muchos los que se ven tentados a exclamar: ¡Qué felices son! *Beatum dixerus populum cui hacc sunt.*

Mi antiguo adagio viene aquí diciéndoles al oído: No te fíes; no es oro todo lo que reluce. Vamos a ver quién se equivoca: si el adagio o la exclamación anterior. Ser esclavo de veinte dueños, opuestos entre sí, ciegos, caprichosos y frecuentemente despreciables; vivir entre continuos temores, con pesares sin consuelo y con deseos que no se pueden satisfacer, ¿es eso ser feliz? Pues no es otra cosa, querido amigo, la condición de cualquiera que, hombre o mujer, rico o pobre, joven o viejo, toma esta vida por la vida verdadera, y obra en conformidad a esa creencia.

El Maestro infalible, que bajó expresamente del cielo para enseñar la ciencia de la felicidad, dio esta lección: «No queráis atesorar para vosotros tesoros en la tierra, donde orín y polilla los consume, y en donde los ladrones los desentierran y roban»[1]. Alumnos indóciles, los

1. Math., VI, 19.

fascinados del gran error no han hecho caso de la lección del Maestro, y han puesto su tesoro, todo su tesoro, en la tierra y en los bienes de la tierra. Sí, ahí lo tienen; pero hay polillas y hay ladrones, que día y noche amenazan dejarlos sin nada; y el resultado es, que para defender el tesoro necesitan velar noche y día, vivir siempre en inquietud, siempre con las armas en la mano.

Efectivamente, esos gusanos y esos ladrones no son únicamente los insectos que roen el paño y los malhechores que descerrajan las arcas. Bajo ese nombre deben entenderse todas las criaturas hostiles, animales o inanimadas, que puedan atacar el tesoro, deteriorarlo, llevárselo o destruirlo. Su número es incalculable. Sin hablar de la muerte,que siempre está amenazando, y que, más pronto o más tarde. se lleva inexorablemente todo el tesoro, cuenta, si puedes, los incendios, inundaciones, tempestades, terremotos, revoluciones, bancarrotas, traiciones, fraudes, enfermedades, caprichos de los poderosos, envidias de los débiles; todas esas legiones de enemigos, a quienes se necesita vigilar, aplacar o combatir con la triste certidumbre de no conseguir jamás desarmarles.

Ya comprenderás que poseer un tesoro en semejantes condiciones es lo mismo que dejarlo sin guarda en medio de la calle. De este

modo, fuera de aquellas horas en que el torbellino de los placeres y el traqueteo de los negocios les quitan la conciencia de sí mismos, los hombres apegados a la tierra viven devorados de continuas inquietudes. ¿Quieres ver el interior de su alma? ¿Has visto un vestido apolillado de largo tiempo, puesto como una criba por mil gusanos? He ahí esas almas por dentro, acribilladas de cuidados por todas partes, podridas por el crimen, corroídas de moho, que dan miedo y compasión al mismo tiempo.

A la esclavitud y a las solicitudes incesantes, se añaden hoy, más que nunca. pesares sin consuelo. Más feliz tú que la mayor parte de los bachilleres modernos, que se educan como si hubieran de ser ciudadanos de Roma o de Atenas, has estudiado algo más que a los autores paganos: conoces la Biblia. Una palabra será bastante para que recuerdes toda la historia de Michás. En lugar de adorar, como sus padres, al Dios del cielo, este Michás se fabricó unos diocesitos de oro y de plata, y los adoraba secretamente en su casa. Estos ídolos eran su vida, su tesoro:no conocía otro.

Pues ocurrió que un pelotón de soldados, que acertaron a pasar por su casa, se le llevaron los dioses. Allí fue el lamentarse de Michás y correr detrás de los soldados reclamando sus ído-

los. Y mirando atrás los soldados, le dijeron: ¿Qué es eso? ¿Por qué alborotas de este modo? —Me habéis quitado mis dioses, que me hice, y decís: ¿Qué es lo que tienes?—. Calla, le replicaron, si no quieres perecer con toda tu casa[1].

El error cruel que hace tomar esta vida por la vida verdadera, tiende a poblar de Michás las ciudades y los campos. Hay multitud de hombres, que en vez de constituir en el verdadero Dios el tesoro de su corazón, tesoro libre de ladrones y gusanos, consumen su existencia en juntar un capital grande o pequeño, y en formarse, como dicen, una posición. Para ellos todo está ahí.

Cuando menos piensan, un viento contrario, una bancarrota, un incendio, un negocio errado, ¿qué se yo?, uno de los mil accidentes tan comunes en este siglo de agiotaje y revolución, viene a echar por tierra sus castillos de naipes. ¡Cómo se lamentan entonces! ¡Qué desesperación! Michás, que llora sus dioses.

¡Y si no hubiera más que lloros y lamentos! Pero las blasfemias, los odios mortales, las torturas morales, y frecuentemente la demencia y el suicidio, vienen a descubrir la existencia de amarguras sin consuelo, de males sin remedio;

1. Indic., XVIII.

por consiguiente, del amor exagerado de los bienes de esta vida, resultado inevitablemente de la fascinación.

Sin embargo, quiero suponer que les salen las cosas a medida de su deseo. Admitamos, amigo mío, que, por un privilegio sin ejemplo, están a cubierto de todos los golpes de la fortuna, de todos los ataques de las enfermedades, y que van a gozar apaciblemente de lo que han logrado acumular... ¿Serían felices? No, de modo alguno; y esto por dos razones perentorias, que son: la capacidad de su corazón, y un cierto pensamiento que los persigue a manera de pesadilla, y les envenena fatalmente todos sus goces.

La capacidad de su corazón. Un vaso grande no se puede llenar con una gota de agua. Su corazón, por más que se empeñen en achicarlo, es de una capacidad infinita. Sus deseos son inmensos: sólo lo inmenso puede llenarlos. Pues bien; lo inmenso no se encuentra en las criaturas, ni en cuanto a la extensión, ni en cuanto a la duración; todas ellas juntas son el corazón del hombre lo que la gota de agua al vaso grande. Para instrucción de todos los siglos, ha permitido la Providencia que un hombre, conocido de todo el mundo, quisiera asegurarse de si ello es así: ese hombre era un monarca, incomparable

por sus riquezas y magnificencia. Era, además, un sabio, que jamás tuvo semejante. Bajo ambos aspectos su nombre es todavía proverbial en todas las naciones civilizadas. Ya sabes de quien hablo, y paso a las pruebas.

Magnificencia de Salomón. A más del pueblo de Judá e Israel, que era innumerable como las arenas del mar, *sicut areba maris in multitudine*, del cual era rey, Salomón reinaba también sobre todos los otros reinos que había desde el Eufrates hasta el país de los Filisteos y las fronteras de Egipto. Todos le ofrecían anualmente presentes riquísimos, vasos de oro y plata, metales preciosos, armas, perfumes, caballos y mulas.

Esto, que parece extraño, se explica por dos razones. Se fundaba, por una parte, en la admiración universal de que Salomón era objeto, pues toda la tierra deseaba verle para escuchar la sabiduría que Dios había puesto en el corazón[1]. Por otra parte, Salomón era figura del Mesías, que había de recibir como tributo a todas las naciones, con todas sus riquezas materiales y espirituales: *Quem constituit haeredem universorum*.

Su flota, junto con la de Hiram, rey de Tiro,

1. III Reg., X, 24.

le traía continuamente de Ophir y de Thársis[1] enormes cargamentos de maderas olorosas, piedras preciosas, marfil y oro por millones, sin contar lo que cada año recibía de los intendentes de los tributos y de todos los reyes de Arabia. La plata era tan común en Jerusalén como las piedras, hasta el punto de que se tenía en poca estima.

Salomón se servía de estas riquezas incalculables para edificar, entre otros, dos edificios, que fueron dos maravillas del mundo: el templo de Dios y el palacio real. En estos dos monumentos, el cedro, las maderas raras, el oro, el marfil y las piedras preciosas se emplearon con arte inimitable y con tal profusión, que ninguna de las construcciones modernas, aún las más suntuosas, podría dar una idea. Describir la riqueza del templo sería demasiado prolijo: digamos sólo una palabra del palacio.

La sala del trono estaba como tapizada de doscientos escudos y trescientas rodelas de oro purísimo: seiscientos siclos de este metal tenía cada escudo y trecientos cada rodela. El trono era todo de marfil, y revestido todo él de oro de la mejor calidad; tenía seis gradas y el escabel era de oro; en las seis gradas había dos

1. Se cree que la región de Thársis era el Perú.

leoncitos, seis a un lado y seis a otro. Jamás en ningún reino del mundo se vio una obra semejante.

Todas las copas y toda la vajilla eran de oro escogido. Las viandas para Salomón y su corte eran cada día treinta coros de flor de harina y sesenta de harina ordinaria, diez bueyes cebados y veinte de pasto, cien carneros, aparte de la caza, los ciervos, corzas, búfalos y toda suerte de aves cebadas. Tenía en sus caballerizas cuarenta mil caballos para los carros y doce mil de montar. El incomparable monarca gozaba en paz de todas estas riquezas y de otras infinitas. Durante su reinado, que fue muy largo, no se oyó grito de guerra en sus Estados. «Judá y Jerusalén, dice el texto sagrado, vivieron en perfecta calma, cada cual a la sombra de su parral y de su higuera, desde Dan hasta Bersabé»[1].

Sabiduría de Salomón. Para el hijo de David el universo no tenía secretos. Dios le había dado una sabiduría y una prudencia prodigiosas, y un talento capaz de comprender tantas cosas como granos de arena hay en las playas del mar; de modo, que aventajó a todos los reyes del mundo en riqueza y sabiduría[2].

1. III Reg., IV, 25.

1. III Reg., X, 23.

Fue el mayor geólogo. Conocía claramente la constitución del globo, la naturaleza y las relaciones mutuas de las partes que le componen, y las virtudes de los elementos.

Fue el mayor astrónomo. Conocía los astros y sus movimientos, el cambiar de las estaciones, la vuelta de los períodos, el curso de los años, y las posiciones respectivas de las estrellas.

Fue el mayor físico. Conocía la fuerza de los vientos, su origen y derrotero y modo de amainar, sus cualidades saludables o nocivas, las causas del rayo y del terremoto, y de las inundaciones, tempestades y ciclones... *vim ventorum*.

Fue el mayor naturalista. Conocía la naturaleza y los instintos de todos los animales selváticos o domésticos, cuadrúpedos, aves, reptiles y peces; las diferencias de las plantas y las propiedades de las raíces, y todos los demás secretos de la creación.

En una palabra, Salomón fue el más rico de los reyes y el más sabio entre los sabios. Testigo entre otros el célebre juicio que inmortalizó su nombre, y los viajes que de todo el mundo se hacían para escuchar la sabiduría que brotaba de sus labios.

El más sabio de los sabios. Desde el cedro

que corona las cumbres del Líbano, hasta el hisopo que nace en la pared, todas las criaturas eran conocidas de Salomón, y conocidas científicamente. Mejor, pues, que nadie podía sacar de ellas todos los goces que pueden proporcionar.

En otra carta veremos el resultado de su experiencia.

Tu afectísimo...

CARTA CUARTA

SUMARIO: Experimento de Salomón. — Palabra que envenena todos los placeres de acá abajo. — Rasgo de Caracalla. — Francisco y San Felipe Neri. — Historia.

MI QUERIDO AMIGO:

Provisto de todos los recursos del poder, de la riqueza y la ciencia, elevados al más alto grado, Salomón se pone a hacer la prueba. Pongamos atención, y dejemos que nos cuente él mismo el resultado de su experiencia:

«Yo dije en mi corazón: Iré, y tendré abundancia de delicias, y gozaré de los bienes. Hice obras magníficas, levanté palacios y planté viñas. Hice huertos y vergeles y plantelos de toda especie de árboles. Poseí siervos y siervas, y tuve mucha familia; también ganados mayores y numerosos rebaños de ovejas: más que todos los que fueron antes de mí en Jerusalén.

»Amontoné gran cantidad de oro y plata, y

las riquezas de los reyes y de las provincias. Me escogí cantores y cantoras, y todo lo que hace las delicias de los hijos de los hombres; copas y jarros para escanciar los vinos. Y superé en riquezas a todos los que fueron antes de mí en Jerusalén; y no les negué a mis ojos todas cuantas cosas desearon; ni vedé a mi corazón que gozase de todo placer y se deleitase en las cosas que yo había aparejado; y juzgué que ésta era mi felicidad: el gozar de todo esto que yo con mi trabajo había juntado»[1].

Verdaderamente, el experimento no deja nada que desear. ¿Dónde está el hombre que lo haya hecho jamás, o que pueda jactarse de hacerlo en circunstancias parecidas? Veamos ahora el resultado. El regio experimentador continúa:

«Y habiéndome puesto a examinar todas las obras cuantas habían hecho mis manos, y los trabajos en que yo inútilmente había sudado, vi que era todo vanidad y aflicción de corazón, y que ninguna cosa es permanente debajo del sol: *et nihil permanere sub sole*».

¡Nada es permanente debajo del sol! En esta palabra fatal se encierra la segunda razón de que la felicidad, y por consiguiente, la vida, no pueden encontrarse sobre la tierra. La ley de ines-

1. Eccl., II, 1-10.

tabilidad y de muerte que pesa sobre todas las cosas del tiempo, forma la pesadilla inexorable de que no podrán jamás verse libres los amantes de las bagatelas mundanas, por muy fascinados que estén.

Refiere la historia que Caracalla, hijo del emperador Septimio Severo, dio de puñaladas a su hermano Geta en el regazo de su madre. Desde aquel momento, el asesino creía oír una voz que por todas partes le perseguía repitiendo sin cesar: Bébete la sangre de tu hermano; o más bien, como dice con más energía el texto: «*Bébete* a tu hermano: *Bibe fratrem*».

Para ti, mi querido Federico, como para todos, repito mi afirmación: por muy fascinados que estén, los mártires del gran error no pueden librarse de oír la voz que les grita: «Nada hay estable debajo del sol». Esta voz despiadada les sigue por doquiera, en la ciudad y en el campo, en el ruido y en la soledad, en el trabajo y en el descanso; voz que burla las puertas de sus palacios, y penetra en sus saraos, y resuena cual fúnebre toque de agonía en medio de sus ensueños de felicidad.

Más todavía. Estas palabras: *Nada hay estable debajo del sol*, las llevan escritas en toda su persona; no pueden mirarse sin verlas. Esa cabeza que va perdiendo su corona; esos cabe-

llos que se blanquean; esas arrugas que surcan la frente; esos ojos que se debilitan; esos dientes que se caen; esas piernas que vacilan; esas espaldas que se encorvan; todo ese cuerpo que se arquea y parece inclinarse hacia la tumba, son otras tantas voces que dicen: «Nada hay estable debajo del sol». Ellos podrán no escucharlas; pero, lo repito, no pueden menos de oírlas.

Su fascinación me da lástima y me inspira este voto fraternal: ¡Plegue a Dios que llegue para ellos una de esas horas benditas, en que el hombre, aburrido y fatigado del mundo y de los negocios, se ve como forzado a darse audiencia a sí mismo! ¡Plegue a Dios que en esa calma momentánea se dirijan a sí mismos juiciosamente las preguntas hechas un día por uno de nuestros más amables Santos, San Felipe Neri, a un joven, víctima, como tantos otros, del gran error!

Habiendo ido el joven a ver al ilustre confesor de Roma, éste fija en el adolescente una mirada paternal, y tomándole las manos con las suyas, le dice:

—Francisco, ¿en qué te ocupas al presente?

—Sigo los estudios.

—Serás un alumno brillante, cubierto de coronas y cargado de premios. ¿Y después?

—Cuando haya concluido las humanidades, estudiaré derecho civil y canónico.

—Sacarás tus grados con aplauso de tus jueces y serás doctor *in utroque*. ¿Y después?

—Entraré en la magistratura.

—Muy bien; serás un jurisconsulto célebre. ¿Y después?

—Me casaré.

—Que tengas bella y numerosa familia. ¿Y después?

—Continuaré ejerciendo mi profesión para dar una posición honrosa a mis hijos.

—Y te sonreirá la fortuna: serán ricos. ¿Y después?

—Compondré obras útiles a los que sigan mi carrera.

—Tus libros obtendrán un éxito brillante; serás el oráculo de tus compañeros. ¿Y después?

—Gozaré tranquilamente de los bienes que habré juntado y de las consideraciones que habré conquistado.

—Perfectamente: vivirás en la abundancia; tu nombre será honrado. ¿Y después?

—Ya por entonces me habré vuelto viejo, y como todos los demás mortales pagaré mi tributo: me moriré.

—¿Y después?

—¿Después?... ¿Después?...

—Sí, DESPUÉS, querido Francisco, después no hay más remedio que ser juzgado, y en el

juicio ser absuelto o ser condenado, sin apelación y por toda la eternidad. Yo no censuro nada de lo que piensas hacer. Sólo te digo, que si te dejas absorber por el trabajo de la vida presente, sin enlazarlo por la fe con las realidades de la vida futura, caes en la más peligrosa y cruel de todas las locuras. Te habrás consumido en perseguir un fantasma, que nunca alcanzarás, y a la hora de la partida te encontrarás con las manos vacías, vacías de buenas obras, que son las semillas de la vida inmortal, y acaso llenas de iniquidades, que son germen de la muerte sin resurrección.

Francisco guardó silencio, abrazó al Padre y se fue. Pero el golpe estaba dado. El *después* del Padre Francisco se le quedaba en el alma, como una gota de resina que cae en el cabello: no se lo podía quitar. Ya fatigado, se pone a meditar sobre aquel importuno *después*. Pronto, con ayuda de Dios, se desvanecen sus ilusiones, comprende que esta vida no es la vida, y a fuer de hombre cuerdo la hace servir para granjearse la vida verdadera.

Pongo fin a esta carta, querido amigo, repitiendo una vez más las terribles palabras: *Nada hay estable debajo del sol.* Juventud, salud, belleza, placeres, honores, existencia, todo pasa. Éste es el gusano roedor de todos los fascina-

dos: gusano que no muere. En vano ellos procuran aturdirse, y en medio de sus goces se dicen, como el rico del Evangelio: «Tengo allegados muchos bienes para muchísimos años. Descansa, almas mía; come y bebe, y ten banquetes». Como aquél, ellos también, quieran o no quieran, oyen estas palabras: «Necio, esta noche te pedirán tu alma; y todo lo que has allegado, ¿para quién será?»[1].

Así, pues, poseer un tesoro en que ha consumido uno todo su ser, prometerse gozar de él,y saber que le ha de ser quitado *infaliblemente, en el momento en que menos se piense, pronto, para siempre y sin compensación,* ¿es eso vivir?

Te dejo con estas preguntas, que valen más que todos los razonamientos para desengañar a los fascinados de las bagatelas, y para que puedas apreciar el crédito que merecen cuando se les oye decir: «Yo soy feliz».

1. Luc., XII, 19-20.

CARTA QUINTA

SUMARIO: El error que consiste en creer que esta vida es la vida, es el más desastroso de todos los errores. — Cuadro de la humanidad, de sus agitaciones y sus crímenes. — Primera causa del desorden universal, el error sobre la vida. — El hombre, imagen viviente del Dios vivo, ama apasionadamente la vida. — No ama sino la vida. — Hacerle creer que la vida de acá abajo es la vida, toda la vida, es volverse loco, y loco furioso. — Lógica de su locura. — Razonamientos de los fascinados de otros tiempos. — Del fascinado de hoy día. — Nueva prueba de que el gran error es la causa del desorden universal.

MI QUERIDO AMIGO:

Resulta de mi última carta, que buscar la vida en las cosas criadas, es lo mismo que darse a buscar el movimiento continuo o la cuadratura del círculo; problema imposible, tentativa absurda, tormento eterno de los mártires del gran error. Así lo has entendido: tu carta de ayer me lo prueba, y estoy muy satisfecho. A los que

piensan de otro modo, oponles el ejemplo de Salomón. Con él basta y bastará siempre para taparles la boca a ellos y a los que piensan como ellos.

Continuando en instruir a la humanidad por su propia experiencia, decía el gran monarca: «Todos los bienes me han venido con la sabiduría». Y nosotros podemos decir, que del error que combatimos vienen todos los males del mundo. Al afirmar esto, estamos en lo cierto, puesto que ese error es el antípoda de la sabiduría. Lo sabes ya, a lo menos en parte, y lo sabrás mejor todavía cuando hayamos puesto en claro sus últimos caracteres, y voy a hacerlo.

3.° EL ERROR QUE CONSISTE EN CREER QUE ESTA VIDA ES LA VIDA, ES EL MÁS DESASTROSO DE TODOS LOS ERRORES. Desastroso, porque haciendo tomar la sombra por realidad, subvierte profundamente el orden eterno, desencadena todas las concupiscencias, pega fuego al mundo por sus cuatro costados, trastorna a la pobre humanidad, como la tempestad trastorna el mar hasta en sus profundidades, conduce a todos los crímenes y provoca todos los azotes; no he dicho demasiado.

¿Quieres convencerte de ello? Colócate con el pensamiento en la cima de las más altas montañas del globo, y desde allí, recorriendo de vista

todas las naciones, considera lo que pasa. El género humano se te presentará cual inmenso hormiguero de pequeños seres, que se mueven en todas direcciones, y se agitan y van y vienen; que se cruzan y chocan, y se injurian y se disputan algunas motas de tierra; que pelean unos contra otros, y se matan y se entregan sin tregua ni descanso a mil extravagancias y mil desórdenes.

El mundo, y particularmente Europa, te producirá el efecto de una vasta caldera en ebullición. Verás a los reyes agitados en sus tronos, vacilantes, a manera de marineros suspendidos en las vergas durante la tempestad, y a todas horas en peligro de caer. verás a los pueblos descontentos, irritados, bramando, buscando ocasión de romper lo que llaman sus cadenas en la cabeza de los que apellidan sus tiranos.

Sigue todavía mirando. Ve ahí cómo vienen, semejantes a las olas embravecidas, revoluciones y más revoluciones, que se suceden con pasmosa rapidez. Esas revoluciones no alteran solamente la superficie de las cosas, sino que revelan también las profundidades. La mayor parte no son ya políticas y dinásticas, sino sociales. Son la sustitución, no de personas a personas, no de formas de gobierno a otras formas de gobierno; sino la sustitución de principios a

principios, poner arriba lo que según las leyes eternas debe estar abajo, y poner abajo lo que debe estar encima; son el desorden en principio y el caos en realidad.

Fíjate un poco más. Antes, durante y después de estas revoluciones, vienen calamidades, guerras, ruinas, sangre, iniquidades monstruosas, divisiones y odios, que arman a los pueblos contra los pueblos, provincias contra provincias, familias contra familias, ciudadanos contra ciudadanos, y convierten la existencia en un largo suplicio. Inseguramente restablecido el orden material, continúa el descontento fermentando en las almas, se organizan las conspiraciones, y pronto nuevas catástrofes vienen a destruir el frágil edificio levantado sobre antiguas ruinas. Nada hay que calme esa agitación febril, y hoy menos que nunca nada puede aplacar esa necesidad incomprensible de trastornos.

He ahí, querido amigo, en sus rasgos principales, el triste panorama de que serás testigo. Aparte de modificaciones serias de los tiempos actuales, igual espectáculo se ha visto en todos los siglos. ¿Qué misterio es éste? Para descubrirlo se necesita sondear la naturaleza íntima del hombre. En las últimas profundidades de su corazón se encuentra la causa de lo que vemos.

De su corazón digo, y no de su entendimien-

to ni de su imaginación, porque en el hombre el corazón es el rey, la inteligencia es su intendente, el juicio su consejero, los sentidos sus criados. De aquí lo que está escrito: «Guarda tu corazón con el mayor cuidado, porque de él procede la vida». Y en otra parte: «Del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los robos, los falsos testimonios, las blasfemias»[1].

Dame la mano, y precedidos de la antorcha de la fe, descendamos a este abismo tenebroso del corazón humano. En él viven tres bestias voraces, llamadas las tres concupiscencias, a las cuales se atribuyen, no sin razón, todos los desastres del mundo. Y sin embargo, ellas no son más que causas segundas; el impulso les viene de una causa superior y más oculta.

¿Cuál es esta causa? El amor de la vida, pero amor desencaminado; en otros términos, el gran error que perseguimos en sus últimas trincheras. Para convencerse de esta verdad capital, como de la existencia del sol, comprendamos al hombre y comprendámosle bien.

Imagen viva del Dios vivo, el hombre es la vida; para él la vida no es sólo el primero y más

1. Prov., IV, 3; Math., XIV, 18.

precioso de los bienes, es su ser: fuera de la vida la nada. El hombre, pues, ama la vida con el mismo amor que a sí mismo. La ama esencialmente, apasionadamente, invenciblemente, y en todas partes. ¿Por qué se ama al niño? Porque es la vida que viene. ¿Por qué se respeta al anciano? Porque es la vida que se va. ¿Por qué se experimenta cierto sentimiento de religiosa curiosidad a vista de vetustas ruinas? Porque son la vida que pasó por allí.

El hombre no ama más que la vida. Examínale de cerca, en ti mismo y en los otros; analiza sus instintos, escudriña los últimos pliegues de su corazón, estudia su existencia en todos sus detalles. Si bebe, si come, si duerme, si vela, si trabaja, si llora, si goza, es por amor de la vida. A conservarla y desarrollarla se ordenan, sin excepción y en todas las edades, sus instintos, pensamientos, afecciones, palabras, privaciones y temores; sus deseos, sus actos, sus virtudes, y hasta sus crímenes.

Primero que perderla, pasa por todo. En una u otra lengua repite las palabras de Mecenas, el favorito de Augusto: «Que vengan sobre mí todos los males, que lleve una joroba por delante y otra por detrás, que no me quede miembro sano, que padezca gota en las manos y en los pies, que me quede sin dientes, que me vea cla-

vado en una cruz, todo va bien, con tal que conserve la vida».

Si el hombre, tal cual es, llega a persuadirse que esta vida es la vida, toda la vida, semejante error le pone loco, y loco furioso. «Ya que es corta, sea buena, dice él; puesto que la vida presente es toda la vida, a vivir, a vivir plenamente, constantemente, por todos los medios posibles: ésta es la ley de mi existencia. Vivir es gozar; gozar es hacer uso de todos mis sentimientos y facultades, sin reservas y sin temor.»

Y en esto es lógico. Por eso semejante razonamiento se encuentra en todos los siglos, en la boca y en los actos de todos los mártires del gran error. Los del Occidente decían: «No pedimos más que dos cosas: pan y placeres». *Panem et circenses*. Los del Oriente, en el extravío de sus pensamientos, se expresaban de este modo: «Corto y enojoso es el tiempo de nuestra vida. El hombre no tiene nada que esperar más allá de la tumba. Salidos de la nada, a ella volveremos, y seremos como si no hubiéramos existido. Nuestro nombre caerá en olvido, y no quedará memoria de nuestras acciones entre los hombres.

«Venid, pues; gocemos de los bienes presentes; apresurémonos a usar de las criaturas ahora que somos jóvenes. Embriaguémonos con los

mejores vinos; disfrutemos de los perfumes más exquisitos. Coronémonos de rosas antes que se marchiten. No haya prado alguno por el que no pase nuestra licencia. Ninguno de nosotros deje de participar de nuestra disolución: dejemos por doquiera señales de alegría. Ésta es la ley de nuestra existencia y el fin de nuestra vida. Despreciemos y persigamos a los que no piensan como nosotros y nos tratan de insensatos. No reconozcamos otro derecho que el derecho de la fuerza: *Sit autem fortitudo nostra lex justitiae*»[1].

He ahí, amigo mío, el inmutable *Credo* del hombre que toma esta vida por la vida verdadera. Insensato es si no lo practica. Mas veremos pronto que, por desgracia suya y de todos, su conducta está en armonía con su modo de pensar. Entretanto, pongámonos todos los filósofos a descubrir el verdadero origen del mal, den mil vueltas a la cuestión en todas sus fases, y a no pararse en soluciones incompletas, llegarán a encontrar la causa primera del universal desorden en el amor descaminado de la vida.

¿Quieres la contraprueba? Quita del mundo el error de que esta vida es la vida, y haz que en su lugar prevalezca la verdad de que esta vida

1. Sap., II, 1-16.

no es sino la sombra y el vestíbulo de la vida verdadera, y la preparación a ella: al instante se habrá llevado a cabo una revolución milagrosa. El hombre, vuelto en sí, no concede a las cosas de acá sino una importancia secundaria. No considerándolas como su fin, mas sólo como medios, usa de ellas como si no usara; combate valerosa y constantemente sus malas inclinaciones; cumple sus deberes con religiosa fidelidad, porque sabe que de eso depende la verdadera vida, y reina el orden en la tierra porque reina en las almas.

Me llaman para un enfermo: quiera Dios que no sea un fascinado. Tengo, pues, que dejar la pluma en el tintero y cerrar aquí esta carta. Pero la materia que tratamos no está agotada; continuaré dentro de unos días.

Tu afectísimo...

CARTA SEXTA

SUMARIO: Nuevos desastres causados por el gran error. — Desencadena todas las concupiscencias. — Concupiscencia de la carne: lo que es, lo que quiere, lo que hace. — Concupiscencia de los ojos: lo que es, lo que quiere, lo que hace. — Historia de un avaro muerto, poco ha, en París.

QUERIDO AMIGO:

Mis temores no eran vanos: el enfermo era un fascinado; ya lo sabía yo. Hacía treinta años que el pobre vivía de las ilusiones de la vida. Pero la operación de las cataratas ha salido bien. Tú sabrás, y si no ahora te lo digo, que damos este nombre a la confesión. Mi hombre, al presente, ve claro; y yo te aseguro que cuantos se sometan a la misma operación, quedan al punto desencantados. Tanto es verdad que es el corazón el que les pone mala la cabeza: *Noluit intelligere ut bene ageret.*

Vuelvo, pues, a nuestro asunto. Te dije que